

PLUTÓN. — Ya veo, hermosa joven, que conocéis perfectamente la geografía del reino del Amor, y que al hombre que se enamora de vos podréis darle lecciones en la materia. Pero, por lo que á mí toca, no lo conozco ni quiero conocerlo; os diré francamente que ignoro si esas tres aldeas y esos tres ríos conducen al Amor, pero me parece fuera de duda que es el camino más derecho para ir á parar á la casa de locos.

Lucrecia la romana, la Lucrecia de Tarquino, no aparece menos desfigurada.

PLUTÓN. — Veo muy bien, Diógenes, que no conoces á Lucrecia. Quisiera que la hubieras visto, la primera vez que entró aquí, ensangrentada y con el cabello en desorden. Tenía un puñal en la mano, la mirada feroz y aún se veía pintada la cólera en su semblante á pesar de la palidez de la muerte. Jamás me habló nadie de la castidad en los términos que ella. Pero, para convencerte de lo que te digo, basta que le preguntes á ella misma lo que piensa en materia de amor. Ya verás. Decidnos Lucrecia, con toda claridad, ¿creéis que se debe amar?

LUCRECIA (con unas tablillas en la mano). — ¿Queréis que os de una respuesta absolutamente exacta y decisiva?

PLUTÓN. — Sí.

LUCRECIA. — Pues bien aquí la tenéis explícitamente enunciada en estas tablillas.

PLUTÓN, leyendo. — « Siempre, si se. pero. amaba. eternos. ay de mí. amores. de amar. dulce. el. sería. no es. más qué, » ¿Qué quiere decir este galimatías?

LUCRECIA. — Os aseguro, Plutón, que jamás he dicho nada mejor ni más claro.

PLUTÓN. — Ya veo que acostumbráis á hablar con mucha claridad. ¡Caramba con la locuela! ¿Dónde demonios se ha hablado nunca de esta manera? ¿Y adónde quiere que vaya yo á buscar un Edipo para que me explique semejante enigma?

DIÓGENES. — No hay que ir muy lejos. Ahí viene uno que es el más á propósito para sacaros del apuro.

PLUTÓN. — ¿Quién?

DIÓGENES. — Bruto, el que libró á Roma de la tiranía de los Tarquinos.

PLUTÓN. — ¿Cómo? ¿Aquel austero romano que hizo morir á sus hijos por haber conspirado contra su patria? ¿Él me va á explicar semejantes enigmas? Me parece que has perdido la chaveta, Diógenes.

DIÓGENES. — ¡Qué he de haber perdido! Lo que hay es que el tal Bruto no es aquel austero personaje que os imagináis. Es un corazón naturalmente tierno y apasionado, que hace muy lindos versos, y escribe muy galantes billetes.

MINOS. — Sería preciso pues que se escribiesen las palabras del enigma para mostrárselas.

DIÓGENES. — No hay que pararse en tan poca cosa. Hace largo tiempo que esas palabras se hallan escritas en las tablillas de Bruto. Héroe de su calibre siempre están provistos de sus tablillas.

PLUTÓN. — Vamós á ver, Bruto, ¿podéis, darnos la explicación de las palabras que hay escritas en vuestras tablitas?

BRUTO. — Con mucho gusto. Miradlas bien, ¿no son las mismas?

PLUTÓN. — Exactamente.

BRUTO. — Seguid pues leyendo. No solamente os harán comprender que he empezado por penetrar las embrolladas palabras de Lucrecia, sino que contienen la respuesta exacta que he dado á ellas.

PLUTÓN. — No sé si estas palabras corresponden exactamente unas con otras, pero lo que sí sé es que no entiendo ni las unas ni las otras, y no estoy de humor para hacer el menor esfuerzo de ingenio á fin de descifrarlas.

DIÓGENES. — Ya veo que soy yo quien tiene que explicaros todo este misterio. El misterio consiste en que estas palabras están transpuestas. Lucrecia, que está enamorada y es amada de Bruto, dice con palabras transpuestas:

« Qu'il serait doux d'aimer si l'on aimait toujours!

« Mais hélas! il n'est point d'éternelles amours¹. »

Y Bruto, para tranquilizarla, le dice en la misma forma:

« Permettez-moi d'aimer, merveille de nos jours,

« Vous verrez qu'on peut voir d'éternelles amours². »

PLUTÓN. — ¡Vaya un alambicamiento! De aquí se deduce que todo lo hermoso que se puede decir está en los diccionarios, sólo que las palabras están transpuestas.

Ya se ve el alcance de la burla: se refiere al gusto, muy meritorio, que tienen las mujeres por los entretenimientos literarios. En efecto, les interesa la cuestión del lenguaje. El francés tenía entonces alternativas. Ellas las observaron y les marcaron una orientación. Como en toda reforma hecha de intento y demasiado precipitada, que produce bruscamente una revolución en el uso, fueron ó demasiado lejos ó demasiado al lado, é innovaron muchas maneras de expresarse desconocidas. Si una mujer es literata, se dice que tiene *lucos lejanos*; si no tiene ingenio, se dice que es *un alma mal albergada*. Había que acostumbrarse á las fórmulas nuevas, no decir una *palmatoria*, sino más noblemente el *suplemento del sol*; no decir un vaso de agua, sino un *baño interior*, no emplear las palabras vulgares *dientes* ó *mejillas*, sino las frases elegantes *mueblaje de la boca* y *trono del pudor*. Á una hoja de papel se la llama « el desvergonzado que no se ruboriza nunca. »

En vez de soplar la lumbre, ¡cuánto mejor es decir: *excitar el elemento combustible*! En vez de almorzar, palabra baja, dígase *tomar las necesidades meridionales*. Peinarse es una expresión muy burguesa; es mucho más elegante decir: *deslabyrinthar su cabellera*.

1.

¡Cuán dulce sería amor
Si el amor siempre durara!
Pero ¡ay! ¡amores eternos
Nunca en la tierra se hallan!

2.

¡Oh! permitidme que os ame,
Maravilla de estos tiempos,
¡Y entonces veréis que puede
Haber amores eternos!

Los más ilustres se acomodaban al tono general, y las más hermosas obras maestras, por no citar otras, admitían imágenes de atrevida ingeniosidad, como la que vemos en el mismo *Cid* :

Son sang sur la poussière écrivait mon devoir¹.

Racine no le iba en zaga á Corneille, y su Pirro se mostraba altamente galante, diciendo, merced á una doble ó ingeniosa alusión al incendio de Troya y al fuego de su amor :

Brûlé de plus de feux que je n'en allumai²,

Las Preciosas quedaron encantadas, y aplaudían á rabiarse estos hallazgos raros é imprevistos en el decir. No hay pendiente más resbaladiza, y por eso quisieron purgar la prosa y los versos, considerando como un magnífico proyecto :

Le retranchement de ces syllabes sales
Qui dans les plus beaux mots produisent des scandales
Dont on vient faire insulte à la pudeur des femmes³.

Era llevar demasiado lejos los escrúpulos.

Pero consideremos algo más que estas pequeñeces, pues sería injusto olvidar que no todas sus novedades perecieron y que les debemos más de una locución con que ellas enriquecieron la lengua.

Es cierto que ya no decimos : su súplica ablandaría el estómago de una roca. Pero en cambio decimos muy bien : un *corazón de roca*.

Á ellas se deben también ciertas expresiones que hoy empleamos, como *castigar el estilo, estar reñido con el buen sentido, brillar en la conversación, tomar medidas, embarcarse en un mal negocio, etc.*, y si ya no se dice : *este sillón arde en deseos de abrazaros*, se ha conservado y adoptado la imagen, pues todo el mundo dice : los *brazos de un sillón*.

Fácil sería multiplicar los ejemplos.

Gracias al empleo de la metáfora, la lengua literaria dió hospitalidad á una multitud de ideas que de otra suerte hubieran sido rechazadas por demasiado comunes.

Seguramente abusaron de las metáforas, encarnizándose con algunas, pero al fin acabaron por mostrarse más prudentes, y la lengua se quedó con lo que había ganado.

1. Su sangre al caer en tierra
Escribía mi deber.

2. Ardo en fuego más ardiente
Que el que yo mismo encendí.

3. El quitar las torpes silabas
Que en las más bellas palabras
Escandalizan y ofenden
El decoro de las damas.

También fué una excelente medida la simplificación de la ortografía, que, en el siglo xvii, no era sólo caprichosa, sino pedante.

Los literatos de antaño ocultaban su saber detrás del latín, como detrás de una fortaleza atrincherada contra las indiscreciones del vulgo. Cuando Ambrosio Paré publicó sus obras en lengua francesa, en 1575, tuvo que hacer frente á la más violenta cólera de sus colegas en medicina, que le echaban en cara el haber entregado sus secretos á la multitud. Cuando se adoptó el uso de la lengua común para los asuntos más graves y filosóficos, se opuso una nueva barricada á las ambiciones literarias de los ignorantes, y fué ésta la ortografía sobrecargada con las letras más complicadas é inútiles. Las preciosas suprimieron muchos de estos caracteres parásitos, simplificaron la ortografía y contribuyeron también por medio de la difusión de la lectura á vulgarizar esta literatura que, por otra parte, querían acaparar y poner al abrigo de los profanos.

Es curioso observar la persistencia de este género, que ha sobrevivido en nuestros días, donde menos podría sospecharse, es decir, en la literatura popular de baja estofa. En otro tiempo se ponía la « lógica » de los amantes en silogismos, cuyas premisas iban á parar á la conclusión :

Donc, Tircis, de Climène adore les appas¹.

Eran actos oficiales simulados :

Por ante los infrascriptos notarios del rey Cupido, se presenta la bella Cloris, vecina de la ciudad de Chipre, que vive en la calle y en las inmediaciones del templo de Adonis, para entregar alquilado, al amoroso Dafnis, un corazón de su pertenencia, mediante la retrocesión que le ha sido hecha por el inconstante Hilas, su esposo, etc.

Tales eran el tono, la moda y los pasatiempos de las Preciosas más remilgadas. La señora de Villedieu compuso toda una alegoría de este género : la Cámara de Justicia del Amor, en 1668, encargada de entender « en todos los abusos y malversaciones » cometidos en materia de galantería, y publicar un edicto :

« Dado en el Consejo de Estado reunido en nuestra Corte de Citeres, el año siete ú ocho mil, según el calendario amoroso, á no sé cuántos de nuestro reinado.

Firmado : EL AMOR.

Y más abajo :

LA NATURALEZA.

He aquí los entretenimientos, eruditos y alegóricos, que hacían las

1. Luego Tircis de Climene
Adora los atractivos.

delicias de los salones y que hoy hacen las de las calles y encrucijadas. La literatura de plazuela ha recogido esas formas que habían naufragado, y las ha presentado en una variada y rica serie de alegorías, que hacen el gasto en los papeles que venden el día primero de abril los vendedores de periódicos:

CONTRIBUCIONES DIRECTAS;

DEPARTAMENTO DE LA ISLA DE AMOR:

Ciudad de Citeres;

Alameda de los Suspiros;

Barrio de los Placeres.

Cuenta de las sumas que se adeudan:

Citas,

Miradas,

Coqueterías,

Infidelidades, etc.

¿No parece esto un documento extendido por un recaudador de contribuciones del país del Amor? Todos los papelotes administrativos se ven hoy parodiados conforme á la antigua moda del hotel de Rambouillet:

CONVOCACIONES: Banco de la Felicidad.

Páguense á la orden trescientos sesenta y cinco días de delicias.

REPÚBLICA DE CITERES:

Ministerio del Amor;

Vale: cinco besos.

Por estos y otros documentos análogos se ve que la antigua moda ha venido á parar al pueblo y que en sus manos se encuentra la herencia de Astrea, como si fuese el pueblo el más fiel conservador de las tradiciones.

El preciosismo, merced á un lento movimiento de descenso, ha ido penetrando en la masa y en ésta ha quedado en estado latente, para manifestarse en esos edictos, cartas y pegas, que forman la alegría de los humildes. Á pesar de su carácter trivial, presentan interés literario, puesto que hacen ver que ese preciosismo no es una moda efímera, una boga especial de una casta culta y cerrada de la sociedad, de una aristocracia refinada, sino más bien una de esas aficiones de raza, una de las formas del ingenio nacional en todas las clases sociales y en su más amplia generalidad.

En cuanto á la tercera cuestión, ó sea á la educación de las mujeres, nos hallamos hoy día tan adelantados que Moliere y Crisalo rechinarían los dientes y seguirían no teniendo razón.

Las esperanzas y los deseos de las Preciosas se hallan realizados. ¿Se ha dicho nunca nada más sensato que esta declaración del *Gran Ciro*, que cualquiera suscribiría sin reserva?

Lo que hay de más raro, es que una mujer, que no puede bailar sino cinco ó seis años de su vida, sin faltar á las reglas de la conveniencia, emplee diez ó doce en aprender continuamente lo que no debe practicar sino cinco ó seis, y que esa misma persona, que se ve obligada á tener juicio hasta la muerte y á hablar hasta el último suspiro, no se le enseñe nada de lo que puede contribuir á que hable más agradablemente ó á que obre con más cordura, y viendo la manera cómo muchas damas pasan la vida, diríase que se les ha prohibido tener razón y buen sentido, y que sólo están en el mundo para dormir, para engordar, para ser hermosas, para no hacer nada y para no decir más que tonterías.

Este proyecto de elevar á la mujer muy por encima de las inútiles frivolidades, no fué la Srta. de Scudéry la que lo inventó. La Srta. de Gournay se había ocupado ya en él, y tenía en su favor la razón y el derecho. Cuando Filaminta se queja:

De cette indigne classe où nous rangent les hommes,

De borner nos talents à des futilités,

Et nous fermer la porte aux sublimes clartés...¹

no sentimos ganas de sonreír; todo lo cómico de este parlamento se ha desvanecido y no podemos menos de confesar que Filaminta tiene razón. Una mujer puede y debe vivir por la inteligencia, el pensamiento, el ingenio y el gusto, la vida interior, y no basta con que sepa «hablar de trapos».

Filaminta y sus amigas aspiraban á la ambición de dar á las jóvenes nociones de gramática, historia, poesía, física y política.

Tal es nuestro programa actual, y no consideramos á Filaminta tan lunática.

La historia del siglo dieciocho nos muestra que la posteridad de las preciosas fué bastante robusta y numerosa para hacer ver la inutilidad de los golpes de Boileau y de Molière. Veremos que los salones, las sociedades literarias y las academias van multiplicándose y pululando; embellecerá la literatura y las relaciones mundanas una floración de ingenios femeninos, vivos é ilustrados, y la voz del siglo será la de la marquesa de Lambert, cuando dirigía reproches á Molière por haber

1. De esa clase poco digna
Á que el hombre nos relega,
Poniendo á nuestro talento,
Por límites, futilidades
Y de las sublimes luces
Cerrándonos ¡ay! las puertas.

2. Era general la inquina con que se miraba la instrucción de la mujer. Recuérdese el refrán: *Mujer que sabe latín, más mala que Cain*. El mismo Rousseau no era partidario de la enseñanza de las mujeres, como lo prueba el papel que reserva á Sofía en su *Emilio*. Á fines del siglo xviii, nuestro Vargas Ponce, en su *Proclama del Solterón*, declarando las cualidades que desea en su futura esposa, dice:

Antes que necia venga un maleficio;

Antes que docta un toro jarameño.

(N. del T.)

tratado de ridiculizar el saber de las mujeres en el mismo grado que los vicios que más se les afean.

Los huéspedes de aquellos salones literarios eran numerosos, hasta tal punto que puede decirse que todos los que manejaban la pluma consideraban como una honra el figurar en ellos, y casi toda la historia literaria de aquel siglo se desarrolló bajo sus arañas y artesonados. Sólo nos fijaremos en algunas figuras de más bulto y que más resaltan en medio de aquella falange de poetas, demasiado olvidados en su mayor parte y que imploran ó merecen una mirada.

Si concedemos la preferencia debida á la edad y al sexo, nos encontramos primeramente con aquella simpática anciana, la Srta. de Gournay.

Hay que nombrar á lo menos á este tipo bien extraordinario, la Srta. Le Jars de Gournay (1566-1645), hija adoptiva de Montaigne, educada en un medio ignorante y burgués, hasta que un día la lectura de los *Ensayos* de su futuro padre produjo en ella como una conmoción. No paró hasta que logró conocer al autor de aquel libro admirable. Encontróle en París, en 1588, y él, que tenía entonces cincuenta y cinco años, le ofreció « el cariño y la amistad de un padre para con una hija ».

La joven, — tenía entonces veintitrés años, — aceptó y se llevó á Montaigne á Gournay. Á este propósito escribía nuestro gran escéptico, el *Séneca francés*:

La Srta. de Gournay aprovechó á su nuevo padre para hacerle corregir y revisar sus ensayos literarios, entre otros una novela fantástica, *El Paseo de Montaigne*.

En esto murió su madre y murió también Montaigne y he aquí á nuestra María, « se llamaba como la santa Virgen », sola en París. Cruzando á Francia, agitada entonces por la guerra civil y devastada por los soldados merodeadores, realizó la peregrinación que le inspiraba su corazón, y fué á orar sobre la tumba del grande hombre, en compañía de la hija que aquel dejaba. Como piadoso homenaje editó sus obras, utilizando piadosamente sus notas y agregando las referencias de todas las citas.

En París se había afirmado su reputación literaria, pero acompañada por algo de ridículo; habían pasado los años, y los jóvenes se burlaban de aquella vieja original.

Quando hable de Racán, referiré la farsa de los tres Racán.

Tenía un humor brusco é impetuoso y ella era la primera en reco-

nocerlo. Tras una juventud conmovedora, tuvo una vejez cómica y dejó en la historia el recuerdo de su blanca cofia que se agitaba violentamente sobre sus verdosos cabellos. Le hicieron enviar su retrato al rey de Inglaterra, que no supo lo que aquello significaba. Saint-Amand la maltrataba en su *Poète Crotté*. Tenía buena lengua, y no se la mordió para contestar á sus detractores, en su *Apología*, en su *Vida*, y en su *Pintura de nuestras costumbres*. Á Richelieu le divertía aquel tipo pasado de moda, que iba siempre acompañada de una criada tan arrugada como ella y de una gata. Un día hizo reír al cardenal empleando una palabra muy vieja. Tallemant refiere la anécdota en estos términos:

Boisrobert la presentó al cardenal de Richelieu que le dirigió un cumplido compuesto con todas las palabras arcaicas que había escogido en su *Sombra*. Ella comprendió que el cardenal se burlaba: — « Os reís de una pobre vieja, dijo; reíd, ilustre genio, reíd: es preciso que todo el mundo contribuya á distraeros. » El cardenal, sorprendido de la presencia de ánimo de aquella buena vieja, le pidió perdón y dijo á Boisrobert: « Hay que hacer algo por la Srta. de Gournay. Le concedo doscientos escudos de pensión. — El caso es que tiene criados, dijo Boisrobert. — ¿ Cuáles? repuso el Cardenal. — La Srta. Jamyn, bastarda de Amadís Jamyn, paje de Ronsard, replicó Boisrobert. — Le concedo cincuenta libras al año, dijo el cardenal. — Hay también mi amiga Piallón, añadió Boisrobert; es su gata. — Le doy veinte libras de pensión, respondió su eminencia. — El caso es, Monseñor, que la gata ha tenido gatitos, dijo Boisrobert. El cardenal añadió una pistola por los gatos. »

Recibía en su casa á los espíritus más distinguidos, á Balzac, á Justo Lipsio, y á los académicos, y se discutía en su salón acerca del trato que se debía conceder á los neologismos. El siguiente relato de Petit es muy curioso y nos introduce en aquel medio bastante sorprendente, en el que presidía aquella pedante quintañona.

Apareció en su tiempo un libro titulado *Refnamiento de la corte*. Como esta musa antigua (se trata de la Srta. de Gournay) no tenía ninguna familiaridad con esta palabra, no podía tolerarla. Jactábase de buen gusto, y *refnamiento* no podía agradaerle. Sin embargo estaba convencida de que expresaba bastante bien lo que quería decir. Mientras le daba vueltas por todos lados, examinándolo rigurosamente y pronunciándolo para resolverse á rechazarlo ó á adoptarlo, llegaron á su casa siete ó ocho puristas de aquel tiempo, jueces soberanos de la lengua francesa. Inmediatamente sometió á su examen la palabra que le parecía un poco atrevida. Aquellos señores consintieron en ello y, con la mayor gravedad, la pesaron, la sondearon, la pronunciaron, y estudiaron sus vocales, sus consonantes, sus sílabas y su terminación. En resumen, jamás hubo palabra más discutida; y aun cuando se hubiera tratado de la cuestión más seria, no hubieran dedicado al caso mayor aplicación. Unos estaban en pro y otros en contra; otros, por último no acertaban á decidirse. Durante estas disputas, bastante violentas, el pobre *refnamiento* estaba en capilla, esperando su sentencia de vida ó de muerte.

Tras largo debate, los que estaban dudosos dijeron que, antes de decidirse, se alegrarían mucho de oír pronunciar algo lejos con voz firme y más de una vez aquella palabra que tan extraordinaria les parecía. Inmediatamente la vieja sibila mandó á su criada, que no era más joven que ella, que se colocase al extremo de la sala y que pronunciase distintamente la palabra haciendo sonar bien todas las sílabas, pronunciándolas con toda su fuerza. La criada obedeció, hizo una reverencia á la antigua y pronunció la palabra de un modo que hacía creer que tenía la garganta de bronce. Los que se inclinaban á aceptarla bajaron la cabeza en señal de anuencia; los que la rechazaban la movieron negativamente, y los que estaban dudosos hicieron oír cierto sonido gutural, cerrando los labios, como dando á entender que estaban medio conquistados. « Otra vez », dijo el ama. La criada hizo una segunda reverencia y pronunció en seguida la palabra en voz mucho más alta. » ¡ Vamos ! dijo la Srta. de Gournay, inclinándose graciosamente hacia aquellos señores ¿ qué os parece la palabra ? Por mi parte creo que no suena mal al oído. « — Tenéis razón, dijo uno de aquellos venerables jueces en nombre de todos. » Con lo cual quedó resuelto que la palabra *refinamiento* sería admitida como palabra de uso correcto.

De esta suerte pasaban las palabras nuevas por su casa á fin de recibir carta de naturaleza, y Vaugelas acudía allí para documentarse.

Había reunido sus obras con el título de *la Sombra de la Srta. de Gournay*, título así escogido porque aquel libro era « la sombra, la imagen y la figura de su espíritu ». Uno de sus tratados, que sería muy curioso, reeditado hoy día, se titulaba *la Igualdad de los Hombres y de las Mujeres*.

Poetisa, cuando se presentaba la ocasión, tradujo en verso una parte de *la Eneida*, algo de los poetas griegos, y compuso también epigramas, de los que resulta que prefería « el suave Cátulo al agudo Marcial ». Publicó otra colección de poesías á las que llamó ingeniosamente *Ramillete del Pindo*.

Enemiga de los rebuscamientos de dicción y de los remilgos de lenguaje, fué una Preciosa útil, pues trabajó para el provecho del francés y de la gramática, lo cual revela un ardor vivaz de su espíritu, que ni la edad ni el tiempo pudieron atenuar en aquella perdurable sibila, que conoció un siglo de historia y vivió desde Carlos IX hasta el advenimiento de Luis XIV.

Hablando Boileau de los buenos sonetos, asoció para siempre los tres nombres de Gombaud, Maynard y Malleville, para asegurar que en los tres apenas se podrían encontrar dos ó tres sonetos buenos entre mil.

Dado el mérito que Boileau atribuía á un soneto sin defectos, no es poco elogio el concederles dos y hasta tres.

Discípulo de Malherbe, Maynard (1582-1616) es el tipo del magistrado á quien le fastidia su profesión, que toma como distracción la poesía y que desea sacar de ella todo el provecho imaginable. Richelieu le consideraba demasiado pedigüño, y era preciso que lo fuese con exceso, para que se notase este defecto en un tiempo en que todo eran intrigas y solicitudes.

Amigo de Malherbe, de Desportes y Bertaut, se olvidaba con frecuencia de que era presidente en el tribunal de Aurillac, y no salía de París sino para ir á Roma á acompañar á nuestro embajador. Hombre de excelente trato, se hizo allí muy buen lugar y conquistó las simpatías del cardenal Bentivoglio y del papa mismo, que le demostró su interés regalándole un ejemplar de sus obras en versos latinos.

Richelieu no le quería ni le concedió pensión. Alejaba de sí á aquel intrigante, que hablaba con dureza de los que no le pagaban. Y se vió entonces el caso extraño de un presidente de tribunal que se lamentaba de su miseria en versos citados con frecuencia :

Pégase est un cheval qui porte
Les grands hommes à l'hôpital¹.

Entró á formar parte de la Academia francesa, en 1632, y parece haber sido hombre práctico y positivo. Habiendo ganado en los juegos florales un premio que consistía en una estatuita de plata de Minerva, y habiendo esperado largo tiempo el premio, se lamentó en sus versos : *Acerca de una Minerva de plata prometida y no dada*. No le bastaban los honores. Maltrató á Richelieu en sus versos, porque no pudo sacar nada de él, y Voltaire decía con gran ingenio :

Si el cardenal le hubiera favorecido, hubiera sido un dios para él, pero como no le dió nada, no pasó de ser un tirano. Es un procedimiento idéntico al de los mendigos que llaman Monseñor á los transeúntes y los llenan de maldiciones si no les dan limosna.

Scarrón compuso el siguiente epigrama :

Maynard qui fit des vers si bons,
Eut du laurier pour récompense.
O siècle maudit ! quand j'y pense...
On en fait autant aux jambons².

1. Pégaso es un caballo que conduce
Á los hombres de genio al hospital.
2. Á Maynard que escribió tan lindos versos
Por recompensa diéronle laurel.
¡ Oh siglo infausto ! Ahora que recuerdo...
También sazonan el jamón con él.

En esto estaba de acuerdo con los sentimientos de aquel ávido rima-
dor, que sin embargo no estaba desprovisto de talento ni de mérito,
como puede verse por la siguiente estrofa :

Le temps amènera la fin de toutes choses,
Et ce beau ciel, ce lambris azuré,
Ce théâtre où l'aurore épanche tant de roses,
Sera brûlé des feux dont il est éclairé...
Le grand astre qui l'embellit.
Fera sa tombe de son lit;
L'air ne formera plus ni grêles ni tonnerres,
Et l'univers qui, dans son large tour,
Voit courir tant de mers et fleurir tant de terres,
Sans savoir où tomber, tombera quelque jour¹.

Revela á un poeta que ha leído bastante (Séneca, Horacio). No le
falta tampoco á veces inspiración sincera y espontánea, como se ve en
su *Oda á la Hermosa Vieja* :

Ce n'est pas d'aujourd'hui que je suis ta conquête ;
Huit lustres ont suivi le jour que tu me pris,
Et j'ai fidèlement aimé ta belle tête
Sous des cheveux châtain et sous des cheveux gris².

Son éstos versos hermosos llenos de sentimiento y de verdad, y de
forma muy feliz. En 1619 se leyó con aplauso su poema *Filandro*. Agra-
daban sus obras por su facilidad, su exactitud, su sentimiento y su
claridad. Gustábale encerrar el sentido y la frase en un solo verso, con
lo cual ganaba mucho en vigor.

Malherbe le agradeció mucho haber prescrito la regla de la cesura
después del tercer verso en las estrofas de seis versos, y declaraba :

... Que de todos sus discípulos era Maynard el que hacía mejores versos,
pero que no tenía vigor, y que se había entregado á un género de poesía que
quería ser epigramática, para el cual no era apto, porque no tenía bastante
agudeza de ingenio; en cuanto á Racán, afirmaba que tenía vigor, pero que
no limaba bastante sus versos; que, con mucha frecuencia, para expresar
un buen pensamiento, se tomaba grandes licencias, y que de los dos se
podría formar un gran poeta.

1. Traerá por fin el tiempo el fin de toda cosa
Y de ese hermoso cielo la boveda azulada,
Teatro de la Aurora prodiga tanta rosa
Por la luz que la alumbra ha de verse incendiada.
Del sol que la embellece será ocaso la aurora,
No nos dará la atmósfera ni truenos ni granizos,
Y al fin se hundirá el mundo, cuyo seno atesora
Tantas tierras floridas y mares movedizos.

2. ¡Oh! no data de hoy día tu conquista,
Hace ocho lustros que tu esclavo soy.
Tus cabellos castaños y tus canas
Fiel á tu amor me vieron hasta hoy.

Ya es algo ser la mitad de un poeta. La posteridad se ha mostrado
con Maynard menos generosa que su maestro.

Retiróse á Aurillac, donde escribió su *Spes et Fortuna, Valet*.

Las d'espérer et de me plaindre
Des Muses, des grands et du sort,
C'est ici que j'attends la mort
Sans la désirer ni la craindre¹.

Equivalía esto á terminar con filosofía una vida agitada.

De Malleville (1597-1647), hay un soneto muy célebre, que se llama
La Hermosa Madrugadora.

Le silence régnait sur la terre et sur l'onde,
L'air devenait serein, et l'Olympe vermeil,
Et l'amoureux Zéphyre, affranchi du sommeil,
Ressuscitait les fleurs d'une haleine féconde.
L'Aurore déployait l'or de sa tresse blonde,
Et semait de rubis le chemin du Soleil;
Enfin ce dieu venait en plus grand appareil
Qu'il soit jamais venu pour éclairer le monde.
Quand la jeune Philis au visage riant,
Sortant de son palais plus clair que l'Orient,
Fit voir une lumière et plus vive et plus belle.

Sacré flambeau du jour, n'en soyez point jaloux.
Vous parûtes alors aussi peu devant elle,
Que les feux de la nuit avaient fait devant vous².

Es encantador por la afectación galante y la ingeniosidad, y también
por la factura. Basta para perpetuar el nombre de su autor. Claudio de
Malleville, un parisiense, fué empleado en hacienda, y protegido por
el mariscal de Bassompierre, porque el poeta necesitaba siempre un
protector. Los versos no se vendían ni se compraban, y esta triste con-

1. Cansado de esperar y de quejarme
De las Musas, los grandes y la suerte
Sin desearla y menos sin temerla,
Espero aquí la muerte.

2. Reinaba en tierra y mares un silencio profundo
Serenos estaba el cielo, y el Olimpo, dorado;
Y el céfiro amoroso, del sueño libertado,
Daba vida á las flores con su aliento fecundo.
Su cabello la Aurora trenzaba rubicundo,
Dejándole el camino de rubies sembrado.
Al Sol, y el Astro Rey, cual nunca coronado
De gloria, ya venía á iluminar el mundo.
Cuando la joven Filis, de rostro sonriente,
Dejando su palacio más claro que el oriente,
Mucho más vivo y bello mostró su fulgor.
No tengas de ella celos, sacra antorcha del día,
Tu luz en su presencia pareció tan sombría
Cual la de las estrellas que apaga tu esplendor.